



INTERVENCION CES BILBAO.

VALORACION DICTAMEN CES SOBRE “NUEVOS MODELOS ECONOMICOS SOSTENIBLES”

Quiero agradeceros la invitación para participar en este encuentro. me da la oportunidad de subrayar que en alguna medida relativiza ese mantra que solemos escuchar tanto sobre la lejanía de las instituciones europeas. Aquí estamos en un acto de participación y proximidad, de aportación de conocimiento, de puesta en valor de capital social. En este intercambio de hoy participan las instituciones europeas y la sociedad vasca y eso debería de ser un motivo de reflexión y vistos los discursos dominantes, de celebración. Pero además y lo que es más importante esta reunión me pone en contacto con una de las claves del cambio que venimos experimentando en los últimos años, la transformación de una economía lineal impulsada por un paradigma clásico de crecimiento en otra distinta basada en dos principios insoslayables, la cohesión y la sostenibilidad.

Cohesión porque es de justicia. Porque ninguna obra humana tiene sentido si no se pone al servicio de todas las personas. Y todas no son unas pocas monopolizando la mayor parte de la riqueza; Conviviendo con amplias capas de la población en situación precaria o de abierta pobreza; Condicionando la gobernanza de las finanzas y la economía; Desarticulando el principal objetivo de la fiscalidad en las sociedades avanzadas: la redistribución de la riqueza. Cohesión porque el progreso, el movimiento económico que garantiza el empleo solo es posible cuando hay mercado, ciudadanos con posibilidades y en consecuencia proyectos de realización personal dignos y posibles.

Sostenibilidad, porque o cambiamos el paradigma o tenemos la certeza matemática de que la economía lineal la de fabricar, consumir, desechar nos conduce al desastre, porque es sencillamente inviable. Las previsiones exponenciales de crecimiento demográfico, su irregular distribución en el planeta y la evidencia de que el mismo es finito obligan a convertir este principio en la clave de las nuevas políticas de desarrollo y crecimiento. Y es precisamente la apuesta por esta cualidad en las nuevas producciones industriales, en las políticas energéticas, medioambientales o en las referidas al tratamiento de residuos la que ya aparece con fuerza primero como vector horizontal de las políticas de la UE. De hecho el lunes el pleno que vamos a celebrar en Estrasburgo se abre con dos debates sobre economía circular y



emisiones de gases de efecto invernadero que integran nada menos que ocho informes. Lógicamente en los programas operativos más vinculados a la industria el factor sostenibilidad se fomenta en las líneas de innovación más destacadas que promueve el programa Horizonte 2020. Esta apuesta fue una de las señas de identidad del programa de prioridades que presentó Juncker cuando fue nombrado presidente de la Comisión Europea en 2014. tales orientaciones se detallan con más precisión en la Comunicación que la Comisión remitió al Parlamento al Consejo, al propio CES, y al Comité de las Regiones en noviembre de 2016 bajo el título “Próximas etapas para un futuro europeo sostenible. Acción europea para la sostenibilidad”.

Como dice este dictamen del CES esta apuesta por la sostenibilidad es una de las claves de la competitividad a futuro para Europa, uno de sus principales argumentos para volver a liderar el crecimiento con un sello inconfundible en el mundo global. Y una oportunidad para la aparición de nuevos empleos de calidad basados en nuevos paradigmas de desarrollo y emprendimiento tanto por las áreas de conocimiento que deben activar como por los retos de todo orden que plantean.

Me alegra comprobar que los retos, los desafíos, las dificultades aparecen en el dictamen que se acaba de presentar. Pero me alegra aún más que se retratan como verdaderas oportunidades. Deben provocar una profunda reflexión para empezar personal, sobre nuestros hábitos de consumo y movilidad. Igualmente en los agentes económicos tradicionales y los agentes sociales y muy especialmente en el sector financiero. Y por supuesto, en el sector público obligado a introducir cambios progresivos y profundos tanto en los intangibles y servicios que entrega, en las regulaciones, procesos de normalización y marcos financieros como en sus propios hábitos internos.

Creo, en consecuencia, que son aciertos los llamamientos a constituir una estructura permanente para la nueva economía sostenible. Porque para empezar necesitamos mucho más conocimiento sobre lo que es y no es sostenible, para desenmascarar a quienes bajo esta etiqueta tratan adornar modelos de negocio clásicos. Igualmente para señalar a quienes utilizan nuevas formas de economía para obviar el papel redistribuidor de la fiscalidad europea. Faltan definiciones, faltan mediciones y evaluaciones y faltan estadísticas. Todas ellas son herramientas imprescindibles para comprobar cómo funcionan las medidas que se promueven para avanzar en la sostenibilidad.

Quiero igualmente subrayar la necesidad de transformar profundamente los valores y hábitos del sistema financiero para que, como se dice acertadamente en el informe, incorpore los retos medioambientales sociales y de gobernanza



en la evaluación de sus operaciones. La crisis que ha sacudido la economía mundial, basada precisamente en la omisión de estas consideraciones propicio que buena parte del sector financiero olvidase que su papel es instrumental respecto al de la economía productiva. Creo que estos años deberían ser suficientes para demostrar que esa amnesia es insostenible y conducir un rearme moral y de valores que garantice la no repetición.

Esa especie de gestor del conocimiento sobre sostenibilidad tendrá que abordar los retos teóricos que plantea un cambio gigantesco que tiene en la implicación personal, una de las llaves básicas de todo el proceso. Por ello es otro acierto el llamamiento a un proceso de concienciación pública sobre los cambios que necesitamos y una introducción acelerada de nuevas pericias y fomento de nuevas aptitudes en todos los niveles del sistema educativo. En el ámbito de la investigación la reflexión iniciada con las herramientas puestas en marcha desde el programa Horizonte 2020 para evitar duplicidades innecesarias es ya una apuesta por la sostenibilidad.

Pero además necesitamos un profundo cambio de gobernanza capaz de convertir en realidad una idea ya ensayada en experiencias como la “agenda XXI”: pensar en global, actuar en local. Esta es otra de las piezas clave del cambio. El informe sobre sostenibilidad al que me he referido anteriormente destaca que “Las autoridades locales y regionales desempeñan un papel especial en la aplicación de la Agenda 2030 con un objetivo específico así como el resto de objetivos urbanos relacionados en la Agenda 2030”. El informe recuerda que “Las ciudades constituyen el núcleo de los actuales desafíos económicos, medioambientales y sociales. Más del 70 % de los ciudadanos de la UE vive en zonas urbanas y alrededor del 85 % del PIB de la UE se genera en las ciudades”. Es obvio pues que estas zonas urbanas “son el motor de la economía europea y actúan como catalizadores para soluciones innovadoras y sostenibles que fomenten la transición hacia una sociedad resiliente e hipocarbónica. Sin embargo, también son lugares donde los problemas como el desempleo, la segregación, la pobreza y la contaminación son graves”.

En el ámbito rural el avance de la sostenibilidad de combina con el reto de la seguridad alimentaria, la prevención de la despoblación y la mejora de la posición de los productores en cadenas de valor que permitan abordar estos retos con garantías de éxito. Nuevamente la acción local, desde esas orientaciones globales se antoja decisiva.

Plantearse cualquier política eficiente para interactuar con espacios urbanos y regionales, sin ellos no solo es un contrasentido, sino una temeridad. Y ello ha tenido llamativos y evidentes efectos tanto en el reconocimiento de estos



agentes locales y regionales en los ámbitos de la política industrial europea, como en la aparición de conceptos como la “especialización inteligente” y en las termografías que detectan los “polos de desarrollo”. Las áreas que vertebran el crecimiento tienen cada vez más que ver con estos factores en los que operan sinergias económicas, industriales y de conocimiento transfronterizas, mientras pierden peso las antiguas fronteras de los estados miembros.

Por eso mi aportación aquí, en Bilbao, quiere subrayar que agentes como Euskadi están llamados a ser elementos tractores de esta estrategia. De hecho somos ya reconocidos agentes de cambio e innovación y fuente de buenas prácticas en muchos programas europeos vinculados a la sostenibilidad y la innovación.

Creo que como país tenemos muchos activos que nos colocan en una inmejorable posición para mantener e incrementar esta posición. El primero es la existencia de una sociedad estructurada y con unos elevados niveles de cohesión. La segunda la experiencia industrial y emprendedora y los microclimas que la catalizan: un sector económico dinámico y globalizado, un aparato educativo próximo, una cultura industrial desarrollada y un enorme peso de la economía social en nuestro tejido productivo. Este último factor ha demostrado su capacidad para facilitar algo más que empleo: proporciona proyectos vitales. Por eso mismo fija la actividad al territorio, garantiza el impacto de la misma en él y promueve prácticas como la responsabilidad social corporativa.

Euskadi es una referencia mundial en Economía social. Sus especiales características inciden, sin ninguna duda en los valores que se practican en todo nuestro aparato productivo independientemente de la naturaleza jurídica que tenga el emprendimiento. Somos un símbolo de una forma de emprender particularmente propicia para impulsar el valor de la sostenibilidad.

Las instituciones europeas subrayan también como experiencia de éxito la proximidad institucional y la capacidad de generar experiencias de partenariado público-privado que han dado origen a muy exitosas experiencias. Entre ellas los numerosos clusters que dinamizan y coordinan la innovación y facilitan los procesos de internacionalización y conexión con el sistema educativo.

No puedo finalizar sin hacer una mención a otro factor de cohesión y sostenibilidad que en Euskadi tiene también un importante recorrido. En 2005 aprobamos aquí la primera ley integral para la igualdad. Las mujeres somos el 50% de la población y en consecuencia aportamos el 50% del talento. El



talento, el conocimiento es una de las bases de esta apuesta por la sostenibilidad. Marginarlo, perder la oportunidad de que juegue a favor de este cambio no solo es injusto en términos de justicia y de humanidad. Además no es sostenible porque es un auténtico atentado contra la cohesión, el crecimiento y el desarrollo. Si algo he echado de menos en este dictamen del CES es una incorporación más decidida de las aportaciones que ya realiza la igualdad y que va a seguir aportando a esta revolución hacia lo sostenible.

Las partidas presupuestarias que apoyan la igualdad suelen computarse como gasto. Nosotros siempre las concebimos como inversión. Precisamente porque fomentan el crecimiento, la cohesión y la sostenibilidad. Todo el esfuerzo que, desde lo público se está haciendo para que la sostenibilidad sea la seña de identidad del crecimiento en Europa debe considerarse del mismo modo. No gastamos en sostenibilidad: invertimos en futuro.

En Euskadi tenemos la disposición, el conocimiento y los medios para que nuestro pequeño país sea uno de los tractores de ese cambio a nivel europeo. Tenemos que plantearnos ser líderes en la actuación local que requiere esta política global. Y no olvidar que además de lo que exigimos a las instituciones, en este ámbito concreto la primera revolución pendiente es la que empieza por uno mismo. Gracias en consecuencia por estimular un debate social de fondo, ajeno a la política de los 240 caracteres, que tanto daño hace a la reflexión serena y la construcción de acuerdos y compromisos que necesita toda transformación de fondo.